

Mundos

Joe Haldeman

Traducción:
Hernán Sabaté



Título original: *Worlds*
Primera edición

© Joe Haldeman, 1981

Ilustración de cubierta: Stephan Martiniere

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-554-7 Depósito legal: B-6177-2010

Impreso por Litografía Rosés S. A.
Energía, 11-27
08850 Gavà (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.5

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a **informacion@lafactoriadeideas.es**, que indique claramente:
INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Esto es, finalmente, para Kirby

Debes, sobre todo, ser joven y alegre.
Porque si eres joven, cualquier vida que lleves

se convertirá en ti; si eres alegre
cualquier vida se volverá tú mismo.
Chicaschicos no necesitan más que chicoschicas:
yo conozco totalmente su único amor

cuyo misterio hace de cada hombre
la carne crear espacio; y su mente borrar el tiempo

que puedas pensar, dios te perdone
y (en su misericordia) guarde a tu verdadero amor:
en eso reside el camino del conocimiento, la tumba fetal
llamada progreso, y la muerte de la negación sin sentencia.

Mejor quiero aprender de un pájaro a cantar
que enseñar a diez mil estrellas a no bailar.

E. E. Cummings (1894-1962)

1

Mundos aparte

No se conoce el espacio si no se ha nacido allí. Como mucho, puedes acostumbrarte a él.

Si se ha nacido en el espacio no se puede amar la superficie de un planeta. Ni siquiera la de la Tierra, demasiado grande, demasiado llena de gente y sin nada, entre uno y el cielo. Los objetos caen allí en línea recta.

A pesar de ello, la gente de la Tierra visita los Mundos, y la gente de los Mundos visita la Tierra. Siempre para regresar cambiada y, en algún caso, dejando cambios tras ella.

2

Los mundos

El mundo no se acabó en el siglo xx, pero salió de él maltrecho y, durante la mayor parte del siglo siguiente, las cicatrices psíquicas del pasado reciente constituyeron una parte importante de la actividad humana; más, incluso, que las expectativas presentes o las esperanzas en el porvenir.

Muchas personas, aunque no la mayoría, creyeron que la única esperanza real para la especie humana estaba en los Mundos, las colonias orbitales cuya población, en los años ochenta, se acercaba al medio millón. Los Mundos parecían ofrecer a la Tierra un lugar donde empezar de nuevo, una tabla rasa, un espacio ilimitado para expandirse. Así lo consideraba la mayoría de residentes en los Mundos, y algunas personas en la Tierra.

Se les denominaba los «Mundos» por convención, no como expresión de un grado significativo de autonomía política o de propósito común. Algunos, como Salyut y Acuden, no eran más que colonias con poblaciones aún leales a sus países fundadores. Otros dependían de corporaciones como Bellcom o Skyfac y había uno que pertenecía a una secta religiosa.

Había cuarenta y un Mundos, cuyo tamaño iba desde pequeños laboratorios hasta la enorme Nueva Nueva York, que acogía ya a un cuarto de millón de personas.

Nueva Nueva York era políticamente independiente, al menos en teoría. No obstante, tras cuarenta años de exportar energía y materias primas, todavía mantenía enormes deudas con los Estados Unidos de América y el estado de Nueva York. Allá por el 2010, había parecido una inversión rentable a largo plazo, pues otros productores de energía a menor escala, como el Mundo de Devon (entonces llamado de O'Neill) estaban logrando fortunas. Sin embargo, llegó entonces el abaratamiento del método de fusión y Nueva Nueva apenas pudo cobrar el kilovatio/hora con un beneficio suficiente para devolver los intereses del capital invertido. Dos industrias mantuvieron en marcha la colonia: la espuma de acero y, sorprendentemente, el turismo.

Nueva Nueva se inició a partir de un asteroide llamado Pafos y de una filosofía denominada «economía de escala».

Pafos (cuya denominación astronómica era 1992BH) era un pequeño asteroide cuya órbita lo acercaba, una vez cada nueve años, a unos setecientos cincuenta mil kilómetros de la Tierra. Estaba compuesto de níquel y hierro, es decir, de acero casi puro.

Doscientos cincuenta trillones de toneladas de acero merecían la pena. En 2001, una factoría orbital interceptó a Pafos y se ancló en él. Durante los nueve años siguientes, cientos de explosiones nucleares meticulosamente calculadas lo desviaron de su órbita, aproximándolo a la Tierra. En 2010, fue colocado en órbita geosincrónica y se convirtió en un nuevo astro que colgaba sobre el cielo de América del Norte y del Sur, sin destellar, y más brillante que Venus.

Las bombas que lo habían impulsado eran «cargas controladas», cuya misión era doble: excavar en el planetoide, al tiempo que lo movían. Cuando Pafos llegó a su nuevo emplazamiento, se había excavado su centro, transformándolo en un hueco donde la gente llegaría a vivir. También se le dio un movimiento de rotación mucho más rápido que el

de cualquier planetoide natural, y el giro lo dotó de una gravedad artificial en el interior.

Los megatones para poner a Pafos en órbita y para impulsar su rotación habían sido regalo de los Estados Unidos (rescatados de armas obsoletas procedentes de la carrera armamentística del siglo anterior), a cambio de un estatus perpetuo de «nación más favorecida». Un uno por ciento de la masa de Nueva Nueva proporcionaría a Estados Unidos acero suficiente para mil años, y sería el único país que no tendría que pagar tasas.

Después se cerró la abertura del planetoide y se llenó el hueco de aire, tierra, agua, plantas y luz, y se modeló el interior en una combinación de zonas silvestres meticulosamente proyectadas y parques exquisitos. Luego empezó a llegar gente. Al principio, mineros con enormes perforadoras que extraían el acero del sólido subsuelo metálico, bajo la capa de bosques y hierbas cada vez más abundantes. El acero valía su peso en oro para cualquier país o empresa que construyera estructuras en órbita. Habitualmente, el noventa y nueve por ciento del coste de los materiales de construcción en el espacio correspondía al lanzamiento. Nueva Nueva York podía enviar acero a cualquier órbita por poco dinero, mediante lentas naves de transporte impulsadas por energía solar.

Cuando los mineros llevaban ya un año dedicados a su trabajo, llegó el equipo de construcción que convirtió en ciudad los pasadizos y las cavernas. Igual que su homónima, Nueva Nueva York iba a tener su Central Park —más estrictamente central en el caso de Nueva Nueva— para que quienes se disponían a pasar su vida en unas cuevas de metal tuvieran un pulmón verde y un espacio abierto.

El abaratamiento del método de fusión, que tanto había afectado el mercado energético, también hizo accesible el viaje

al espacio a los simplemente pudientes. Acudieron turistas para ponerse unas alas y volar (lo cual se hacía sin esfuerzo en la zona de gravedad cero en torno al eje) o para sentarse durante horas en las cúpulas de observación, perdidos en el hermoso y terrible vértigo de Pafos. Los recién casados y muchos otros acudieron para hacerse el amor en gravedad cero, lo que resultaba maravilloso siempre que uno no empezara a dar vueltas, y para darse el capricho de pagar dos mil dólares por una noche en una pequeña habitación del Hilton. Los enófilos gastaban los ahorros de toda una vida para subir y probar vinos que no se exportaban nunca: los Saint-Émilions, los Châteaux d'Yquem y los Neuf-du-Pape que no tenían años mejores que otros porque todos eran perfectos, las cosechas del siglo.

El turismo funcionaba en ambos sentidos. Casi todos los hombres, mujeres y niños de Nueva Nueva deseaban ver la Tierra, pero los gastos cotidianos se lo impedían, salvo a uno entre mil.

Marianne O'Hara fue una de las afortunadas. Depende de cómo se mire.

3

Familias

Al contrario que muchos de sus contemporáneos, O'Hara no estaba obsesionada con la genealogía y, por ello, no sabía nada de los antepasados más allá de su bisabuela, que todavía vivía y que, en realidad, también residía en Nueva Nueva York.

Pese a todo, la muchacha hubo de afrontar la llegada del tiempo en que había de considerar la obligación de tomar un compañero. La institución de la «familia lineal» en los Mundos daba lugar a una extensísima parentela. Corría el chiste de que, antes de aceptar una cita con alguien, uno debía acudir al ordenador para saber el grado de incesto que se iba a cometer. O'Hara pertenecía a la cuarta generación de habitantes de los Mundos y estaba relacionada con seis líneas familiares distintas, tres de ellas debidas a su abuela, que en su tiempo había provocado ella sola una explosión demográfica.

Diversos documentos de las familias se remontaban a una sorprendente pelirroja que había abandonado un mal matrimonio en Prusia, allá por el siglo XIX, para emigrar a Estados Unidos. Aquella mujer se casó con un herrero de Pensilvania y tuvo siete hijos. Uno de ellos se trasladó a la perversa Chicago y se ganó la vida, sobre todo, transportando dinero y, ocasionalmente, como carterista. Tenía aptitudes para ambos trabajos y también para estar en el lugar inadecuado en el momento más inoportuno, por

lo que murió en un tiroteo, lo que no era una forma inusual de morir para un joven delincuente en Chicago. Antes, sin embargo, tuvo un hijo con una prostituta, que lo abandonó en un orfanato. Aquel niño fue educado por un montón de monjas y acabó convertido en un aburrido profesor de griego clásico. También tuvo una hija (vivo retrato de la prusiana pelirroja) que, a través de una curiosa secuencia de emulaciones y rebeliones, acabó por doctorarse en bioquímica, en una especialidad que requería ciertos trabajos en órbita. Y en órbita tuvo una hija bastarda, la cual se quedó en el espacio, vinculada a la Compañía de Nueva Nueva York, convirtiéndose con el tiempo en la bisabuela de Marianne, quien adoptaría el apellido O'Hara.

A su madre le molestó que Marianne escogiera el apellido O'Hara. Las adolescentes solían elegir su apellido en honor de alguien, pero ni siquiera conocían a nadie que se apellidara O'Hara. Marianne declaró que lo había seleccionado porque le gustaba cómo sonaba (y, desde luego, sonaba mejor que Marianne Scanlan, su nombre de familia); en realidad, había revisado listas y listas de apellidos, buscando el más adecuado, hasta llegar a perder toda capacidad discriminatoria.

La noche anterior a la fiesta de su Menarquía, con el cuerpo lleno de un íntimo sentimiento de indignidad y con la cabeza obnubilada por las drogas que precipitarían la llegada de la fecundidad, había consultado la lista de lecturas de su asignatura sobre novelistas populares del siglo xx y había decidido honrar a John O'Hara porque su nombre estaba aproximadamente en mitad del alfabeto, con lo que nunca se vería relegada al final de las listas.

¿Tan mal gusto tenía su madre para ponerle por nombre Marianne, llamándose Scanlan? No; cuando la muchacha nació, el apellido de su madre era Nabors, y solo pasó a la línea familiar Scanlan cuando Marianne ya tenía cinco años, y su madre diecisiete.

La mayoría de los habitantes de Nueva Nueva pertenecían a una línea familiar; todos los no marginados tenían relación al

menos con una línea. La costumbre tenía sus raíces en Estados Unidos y había comenzado antes de final de siglo a consecuencia de los impuestos y la libertad sexual imperante.

Las familias lineales se iniciaron en Nueva York, donde los impuestos sobre las herencias llegaban a engullir hasta el noventa por ciento de las propiedades. Una manera de evitar esto era redefinir a la familia como una corporación, donde todos los miembros ostentaban puestos directivos. Un libro de gran éxito explicaba el sencillo proceso legal a seguir.

El Estado reaccionó, aleccionando a los tribunales para que exigieran que toda corporación cuyos miembros directivos estuvieran emparentados por lazos de sangre hubiera de demostrar que no se había instituido con el objeto de evadir el pago de los impuestos. Ello generó un ruidoso coro de airados editoriales y exaltados pronunciamientos por parte de políticos temporalmente sin cargo. Otro libro de gran venta, acompañado de formularios recortables, explicaba que el modo más sencillo de saltarse la nueva ley era efectuar una fusión: unir fuerzas, sobre el papel, con otra familia no relacionada con la propia.

Por aquella época, Estados Unidos disfrutaba de un retorno a la permisividad sexual, de modo que las fusiones se realizaron tanto sobre el papel como sobre la cama. También triunfó la moda de la vida comunal, que se inició en las zonas rurales pero fue ampliamente aceptada y puesta en práctica en las ciudades —especialmente en Nueva York— cuando se demostró que una comunidad de arrendatarios podía hacer mucho más cooperador al propietario de la finca. El término «familia lineal» tuvo su origen en California, donde los miembros de esas corporaciones consensuadas decidieron tomar el mismo apellido; la costumbre llegó después al este y, por último, al espacio.

En los Mundos, como en la Tierra, las familias lineales dieron impulso al inconformismo, pero también a la rigidez. En un par de generaciones, el experimento se convirtió en costumbre y

luego en tradición. Y si a uno no le gustaba, siempre podía iniciar su propia línea.

Por ejemplo, la línea Scanlan se componía de matrimonios de tres miembros, llamados triunos. Los triunos se entrelazaban en ocasiones para formar unidades mayores, pero esto se consideraba una procacidad. La línea Nabors era menos formal. En general, los jóvenes se emparejaban con mujeres ancianas y las muchachas con hombres ya maduros, con frecuentes cambios de pareja. El que la madre de Marianne solo tuviera doce años cuando dio a luz a su hija no escandalizaba a nadie. Sin embargo, cuando se supo que el padre no solo no era un Nabors, sino que era un marginado, tanto la madre como la hija fueron separados de la corporación sin ningún miramiento.

Para convertirse en un Scanlan, el aspirante solo tenía que acreditar una fertilidad demostrada y encontrar incompleto un triuno compatible, o solicitar la entrada con otras dos personas fértiles (con la condición de que no fueran los tres del mismo sexo). La madre de Marianne adoptó este segundo camino: hizo la solicitud con dos hombres, su amante de aquel entonces y el padre de Marianne, quien regresó junto a su esposa de la Tierra una semana más tarde, como se había acordado previamente.

Así, Marianne pasó a ser una prefértil sin padre, adjunta a un triuno incompleto, con una madre lo bastante joven para ser su hermana (las mujeres Scanlan solían retrasar el momento de tener hijos hasta después de cumplidos los treinta). Marianne era distinta y los demás niños no la admitían. Eran niños poco amables y mayores que ella, y quizás esta fue la causa de que retrasara su entrada en la adolescencia todo lo posible.

Cuando por fin se hizo mujer, su aspecto era más llamativo que hermoso, debido a los genes emigrados de Prusia dos siglos antes: una abundante cabellera color rojo oscuro, ojos castaños y piel pálida. La gente se volvía para mirarla.

Hermanas de sangre

Las fiestas de la Menarquía son divertidas para todos, menos para la invitada de honor. El vino añejo no se mezcla bien con las hormonas nuevas. ¿Cómo simular alegría cuando la infancia se te escapa haciendo sangrar a tu cuerpo?

O'Hara se daba cuenta de que estaba bebiendo demasiado vino, en un intento de librarse del agrio sabor a vómitos. Estos eran consecuencia de un exceso de píldoras analgésicas. Sin embargo, los dolores estaban todavía allí, a la espera de que el medicamento hiciera su efecto. Si se quedaba quieta un instante, la muchacha creía notar como le crecía la carne, como se le hinchaba su pecho de muchacho. Pero no lograba permanecer quieta, ya que ninguna posición le parecía cómoda durante mucho rato. En cambio, no podía ponerse en pie sin sentirse al borde del vómito. Había abandonado la fiesta para salir al exterior, a las escaleras que subían hacia el parque, y eso la había aliviado durante un instante. Pero ahora ya no había otro lugar adonde ir, salvo a la compuerta de aire. Casi parecía una buena alternativa. Ni siquiera sangraba todavía, violada por la compresa de algodón. No quería llorar. Si alguna mujer intentaba pasarle el brazo por los hombros y consolarla, le haría tragarse los dientes de un puñetazo.

—¡Pobre hija mía! —Marianne no podía pegarle a su madre—. ¡Que pálida estás! ¿No irás a devolver otra vez?

—Gracias —replicó la muchacha entre dientes—. Casi lo había olvidado.

—No deberías beber tanto vino, ¿sabes? No es conveniente.

—Madre, siempre vomito en las fiestas. Son los nervios. Ya estoy bien, pero con una vez es suficiente.

La madre sonrió indecisa e inclinó la cabeza hacia su hija.

—Nunca sé cuándo hablas en serio.

—En serio, nunca. A veces estoy de mal humor, pero sería nunca —Tragó saliva y se sonó la nariz—. Si te parece, me encantaría celebrar esta fiesta cada año.

—Bueno, tú misma te lo has buscado. Ya sabes lo que decía el doctor Johnson.

El ginecólogo llevaba cinco años detrás de ella, insistiendo en que cuanto más tardara en hacerlo, más doloroso resultaría. Por último, al acercarse ya a los diecisiete años, hubo de aceptar que le provocaran la pubertad para evitar el riesgo de graves problemas pélvicos posteriores.

—El doctor Johnson no tiene ni idea.

—¡Vamos, Marianne!

—Es cierto; nunca me ha dicho nada que yo no supiese ya. Simplemente le gusta hacer reconocimientos a chicas.

—No seas tan cruda.

—Y a las mujeres mayores, también.

—Es un hombre muy agradable.

—Claro. Guarda su instrumental en el frigorífico para que esté bien fresco.

—Pobre niña —dijo la madre moviendo la cabeza—. Comprendo lo que estás pasando.

Marianne se inclinó hacia atrás y cerró los ojos.

—Es muy distinto. Tú tenías doce años, ¿verdad?

—Once. Tenía doce cuando te tuve a ti.

—Entonces, no me llames niña. Dentro de cinco años seré el doble de vieja que tú.

—¿Cómo?

—Olvidalo. Ayúdame a levantarme, ¿quieres? —dijo, al tiempo que le tendía un pesado brazo—. Tengo que ir al lavabo.

—¿Vas a devolver?

—No. Quiero saber si ha empezado ya —Se alejó tambaleándose y murmuró—: Mi gloriosa edad adulta.

Su juventud desperdiciada

En los primeros años de su juventud, Marianne sabía que caía mal a algunos y que daba miedo a otros. Pasarían años hasta que se decidiera conscientemente a hacer que se sintieran cómodos quienes la trataban. Hasta entonces, había sido socialmente una especie de monstruo.

Marianne poseía gran talento y fuerza de voluntad. Bajo el sistema de exámenes por méritos de Nueva Nueva, consiguió terminar la enseñanza secundaria a los doce años; a los quince, estaba titulada en Estudios Americanos y Sistemas Mundiales. Obtuvo medallas en balonmano y gimnasia y tocaba en la orquesta. Sus escritos de la época de estudiante aparecieron en publicaciones académicas de los Mundos y de la Tierra, y el Consejo Académico de Nueva Nueva le concedió la oportunidad excepcional de viajar a la Tierra para un curso de postgraduados de un año de duración.

Su madre, que había dejado la escuela en décimo curso, pensaba que Marianne utilizaba los estudios como excusa para retrasar la pubertad, y no andaba muy equivocada. A Marianne, las citas le parecían una aburrida pérdida de tiempo, y hacer el amor algo horripilante. Aunque sabía que para la mayoría de las personas no era así, también se daba cuenta que ella no era como

los demás y, por ello, ejercitó su derecho legal a retrasar la entrada en la edad adulta.

Durante los dos primeros meses después de la Menarquía, Marianne había tenido razones para desear que las cosas fuesen como antes. Sufrió constantes hemorragias y perdió tanta sangre que precisó dos transfusiones. Los nuevos pechos y caderas le dolían debido a su rápido crecimiento. Se sentía torpe, dolorida, confusa e innecesariamente hirsuta.

Sin embargo, pasada la transición, Marianne se dispuso a convertirse en mujer con su característica rapidez y eficacia. Leyó todo lo escrito al respecto, naturalmente, y formuló un montón de preguntas embarazosas. Se cubrió de un barniz académico y abrió los ojos a la posibilidad de encontrar el varón adecuado. Pero encontró el inadecuado.

Los estudiantes de Nueva Nueva, por dotados que fueran, eran obligados a no ser beneficiarios pasivos del trabajo de los demás. O'Hara tuvo que realizar trabajos agrícolas los jueves y de construcción los sábados. Y fue mientras pintaba metro a metro un muro interminable, cuando conoció a Charlie Increase Devon.

Los devonitas eran la mayor familia lineal de los Mundos, aunque no eran muchos los componentes de la misma que habitaban en Nueva Nueva. Tenían su asentamiento propio, el Mundo de Devon, que era una especie de cruce entre comuna religiosa y burdel.

Como todos los devonitas, Charlie era neobaptista. Pero lo único que tenían estos en común con los baptistas antiguos era que en su ceremonia de iniciación también intervenía el agua. Los neobaptistas ni siquiera eran cristianos. Su teología podría catalogarse también como unitaria. Eran nudistas y rendían culto al cuerpo. Tenían varios interesantes rituales —como la Semarquía, cuando los muchachos se hacían hombres—, que habían dado lugar a un extenso subgénero de humor verde en

el siglo XXI. Entre sus mandamientos se encontraba la promiscuidad sexual y la exigencia de que las mujeres se quedaran embarazadas con frecuencia.

O'Hara se sintió fascinada por Charlie. Era uno de los hombres más fuertes que había conocido. A pesar de poseer unos músculos como rocas, conseguidos tras años de excavar el acero, se movía con extraordinaria elegancia. Era un muchacho serio, tranquilo y nada inteligente. Como todos los devonitas, lucía una cabeza calva e iba vestido siempre de blanco. Y, como la mayor parte de sus correligionarios, era un fanático religioso aunque no exaltado.

Los dos muchachos no se parecían en nada, pues O'Hara era agnóstica, inteligente, despierta y muy inquieta. Por eso, Charlie le pareció el hombre perfecto para estrenarse, ya que andaba buscando una primera experiencia sexual, pero no quería complicarse la vida con un enamoramiento.

Fue una lástima que la educación de Marianne, tan liberal en muchos aspectos, no hubiera incluido algunas viejas películas de Claudette Colbert (aquellas de «¡Oh, qué fuerte eres!»). Se enamoraron mutuamente antes incluso de irse a la cama, lo cual no tardó en suceder. Cuando el muchacho la hubo iniciado con toda delicadeza en los gloriosos misterios del amor físico, quedaron atraídos el uno por el otro como los polos opuestos de un gran imán.

Sin embargo, la aventura no iba a tener un final feliz. Charlie tenía que empezar a procrear antes de los veintitrés (tenía veintiuno cuando se conocieron), o pecaría por omisión. Y, aunque el amor de O'Hara era casi ilimitado, no llegaba hasta el punto de raparse la cabeza y pasar el resto de su juventud teniendo un hijo tras otro.

Naturalmente, cada uno trató de convertir al otro a sus ideas. Charlie escuchaba los argumentos de O'Hara con solemne respeto, pero la muchacha no lograba socavar sus creencias.

O'Hara, en cambio, era mucho menos paciente con los argumentos de Charlie, pero, tras haberle herido profundamente en un par de ocasiones, decidió mantener la boca cerrada. Por último, la muchacha accedió a acompañar a Charlie al Mundo de Devon, aunque la idea de un Mundo de religión única le hacía sentir una premonición de desastre. Solo había existido otro Mundo de aquellas características, y había sufrido el destino de Sodoma y Gomorra.

6

La Escala de Jacob

Todo el mundo recuerda lo que estaba haciendo aquel 14 de marzo de 2082, el día en que cayó la Escala de Jacob.

El Mundo de Cristo era una organización evangélica con una masa de seguidores próxima a los cien millones, repartidos por toda la Tierra. En 2018, centenario del nacimiento de su fundador, contrataron a Martin-Marietta-Boeing para que les construyera la Escala de Jacob, una enorme y bella estructura espacial que combinaba las funciones de iglesia, monasterio y hotel. La mayor parte de los miles de personas que acudieron a ella solo se quedaron una semana o un mes para rezar en el éxtasis de la falta de gravedad, suspendidos entre la Tierra y el cielo. Un par de cientos de personas, en cambio, resultaron especialmente santos y se quedaron a vivir allí de forma permanente (lo que les convirtió en objeto de intensa curiosidad por parte de los científicos que estudiaban los efectos a largo plazo de la permanencia en gravedad cero, aunque los «santos» no permitían que les examinaran).

Por razones económicas, la Escala de Jacob estaba en una órbita baja, con un perigeo de unos doscientos cincuenta kilómetros. Esta fue la razón de que cayera. La estructura tenía una capacidad de corrección de órbita bastante limitada, en el caso de

ser atraída hacia la atmósfera. El 13 de marzo de 2082, se aplicó una de tales correcciones, pero, por alguna causa desconocida, la maniobra se realizó exactamente en la dirección opuesta a la proyectada, haciendo su órbita mucho más elíptica, en lugar de ajustarla a una trayectoria circular. Este error hizo que la estructura penetrara más en la atmósfera, y así completó dieciséis órbitas, cada vez más bajas, antes de caer envuelta en llamas en pleno océano Indico.

Si la Escala hubiera permanecido en el aire una fracción de un minuto más, la catedral en llamas habría ido a caer sobre el subcontinente indio, con el resultado cierto de millones de muertos. Los portavoces de la organización afirmaron, asimismo, que el desastre era una advertencia para los pecadores.

El número de miembros de la congregación descendió drásticamente y, aunque las pólizas de seguros les proporcionaron una cantidad de dinero más que suficiente para construir otra Escala, nunca volvieron a intentarlo.

El día 14 era viernes, por lo que O'Hara tenía pendiente su paseo semanal por el parque con John Ogelby.

Era raro encontrar a alguien deforme en los Mundos, pero no había otro modo de describir a John Ogelby: jorobado, con las piernas torcidas y unos palillos por brazos, caminaba como un personaje de dibujos animados y apenas alcanzaba un metro de altura. Había acudido a los Mundos porque la baja gravedad era el remedio mejor y menos arriesgado para el dolor constante de las articulaciones y porque sospechaba que un mundo pequeño debía ser como un pueblo, donde la gente se acostumbra a uno y deja de considerarlo un bicho raro.

John era apreciado por todos en la dependencia de ingeniería a baja gravedad donde trabajaba. Era un obrero meticuroso y brillante y allí aprendió a ser afable pese a su tendencia

natural a utilizar su inteligencia y su deformidad como armas de doble filo. Se especializó en hacer imitaciones rotundamente caricaturescas de las estrellas de vídeo y las figuras políticas.

Sin embargo, se equivocaba al pensar que aquel Mundo era pequeño. Con más de doscientos mil habitantes, siempre había alguien que le veía por primera vez y se paraba a mirarle sorprendido. Al final se acostumbró, pero nunca dejó de notar aquellas miradas.

Por ello, a Ogelby le sorprendió levemente su primer encuentro con Marianne O'Hara. La muchacha no hizo el menor gesto de sorpresa o espanto. Se quedó mirándolo sin detener la vista en los detalles, como hacían a veces los adultos, se le acercó con un vaso de ponche —ya que la ponchera estaba, evidentemente, demasiado alta para que Ogelby pudiera alcanzarla— y pasó el resto de la tarde hablando con él, con gran franqueza y simpatía. Al día siguiente, la muchacha acudió a buscarle a su laboratorio y cenaron juntos.

Lo que surgió de allí no fue exactamente un romance. Es cierto que el amor puede brotar de la compasión, o incluso ser avivado por la curiosidad o la sed de compañía intelectual, pero no era este el caso. O'Hara ya estaba enamorada de Charlie Devon y las complicadas fuerzas y debilidades de John le servían para contrarrestar la sencillez mental de Charlie. Los dos hombres se encontraron una vez y se tantearon cautelosamente, pero Charlie no podía comprender que Marianne fuera capaz de acostumbrarse a la visión del jorobado, ni John podía borrar de su mente la visión de la muchacha perdida entre aquellos fuertes brazos. Si se preguntaba a cualquiera de los dos, ambos contestaban que se alegraban de que hubiera quien ofreciera a Marianne lo que ellos no podían darle (John añadiría, «por fuerza»).

O'Hara pasaba más tiempo con John que con Charlie y juntos exploraban Nueva Nueva, hablaban y reían incesan-

temente. Cada viernes, se reunían para comer y daban un largo paseo por el parque. John no se sentía especialmente cómodo allí, pero sabía que, si no hacía ejercicio en la zona de alta gravedad, sufriría una miastenia progresiva y, al final, sería incapaz de salir de la sección de baja gravedad donde vivía y trabajaba. Durante esos paseos, John solía mostrarse muy simpático pues las píldoras analgésicas que tomaba le ponían bastante eufórico.

Aquel viernes, el día 14, no había tomado píldora alguna y notaba en las rodillas y caderas, y en su torcida columna vertebral, finos y ardientes agujonazos mientras aguardaba ante la puerta del restaurante. Era el único cliente.

Marianne apareció con paso rápido por el sendero, se echó hacia atrás el cabello mojado e inició una disculpa por haberse retrasado en el vestuario de la piscina, pero Ogelby la interrumpió en un tono de voz que les sorprendió a ambos, pues pareció un áspero graznido:

—¿Has oído hablar de la Escala?

—¿La Escala de Jacob?

—Se está cayendo.

La muchacha frunció el ceño, con gesto de extrañeza.

—Va a estrellarse —añadió Ogelby—. No pueden salvarla.

—¿Y eso?

Camino del ascensor que les llevaría al habitáculo de Ogelby, este le contó a O'Hara el gravísimo error cometido en la maniobra de corrección y le habló de las lanzaderas que habían acudido demasiado tarde con motores de emergencia. A su segundo paso a través de la atmósfera, la estructura en forma de cruz había empezado a girar y bambolearse, sin lograr ya recuperar el control. La mayor parte de la congregación había muerto cuando el satélite empezó a girar sobre sí mismo sin control, pues la gravedad artificial los había lanzado contra los extremos de los brazos de la cruz, aplastándolos a continuación

bajo la masa de altares instalada a bordo. Los que quedaron con vida lanzaron primero un mensaje de auxilio, después una declaración sobre la voluntad de Dios y, por último, cortaron toda comunicación.

Mientras la Tierra y los Mundos observaban impotentes, la Escala de Jacob se acercaba al planeta más y más, cada noventa minutos. Los Estados Unidos, la Europa Comunitaria y la Unión Socialista Suprema discutían la posibilidad de destruir la estructura en el espacio, antes de que cayera.

Marianne y John se sentaron en silencio, tomando taza tras taza de café durante todo el día y parte de la noche, siguiendo los acontecimientos por el videocubo y en la pantalla plana provisional. El videocubo traía los noticiarios de la Tierra y la pantalla plana recogía las señales de los telescopios de cada Mundo, que seguían a la Escala mientras esta giraba y caía sobre los conocidos océanos y continentes.

Durante la decimoquinta órbita, la Escala adquirió un resplandeciente rojo cereza y convirtió en carbón a dos mil cadáveres. Los cálculos demostraron que caería a la siguiente órbita, y que iría a precipitarse en el océano. Los encargados de los misiles desconectaron la alarma y se relajaron.

Fue una visión terrible. La noche africana se iluminó al paso de la cruz incandescente que caía girando a velocidad de vértigo. Tras pasar rozando sobre las islas Laquedivas, el estampido sónico rompió a su paso todas las ventanas y todos los oídos, aunque nadie sobrevivió lo suficiente para advertir la sordera. La Escala se estrelló contra el agua a seis kilómetros por segundo y detonó con una fuerza diez mil veces mayor que la de un arma nuclear, lanzando una enorme ola de agua mezclada con vapor sobre las tierras bajas de Kerala. Todos, salvo algunos cientos de miles de personas, habían logrado alcanzar las montañas.

O'Hara y Ogelby permanecieron ante el videocubo hasta varias horas después de producirse el choque, mientras se confirmaba poco a poco la magnitud de la catástrofe. A veces, se descubrían apoyados el uno en el otro y Marianne sostenía a John con incierta delicadeza.

—John —preguntó por fin la muchacha—, nunca te lo he preguntado: ¿Crees en Dios?

—No —respondió él, con la mirada puesta en su mano, extrañamente grande, y en su muñeca, delgada como un palillo—. A veces, creo en el diablo.

Tras discutir brevemente la posibilidad de que no saliera bien, intentaron hacer el amor, y ahí se produjo el segundo desastre de la noche. Un año después, pudieron hablar de ello y hasta reírse, y siguieron siendo íntimos amigos mucho después de que Charlie desapareciera para liarse con una máquina de fabricar niños (dejando en la vida de O'Hara un hueco que la muchacha llenó con una rápida sucesión de hombres caracterizados más por la variedad que por la calidad, en opinión de Ogelby). Una vez en la Tierra, y mientras pudo escribir, O'Hara mantuvo asimismo una correspondencia más frecuente con Ogelby que con cualquier otra persona.

Una barra de regaliz

A O'Hara le encantaba tocar el clarinete. Poseía una formación musical básica bastante completa tras haber superado todos los aburridos cursos de solfeo en Klosé, pero en el momento de su examen final de música había escogido el clarinete como instrumento maestro. Incluso llegó a tocar en la orquesta de Nueva Nueva porque le encantaba perderse en las complejas armonías y ritmos de la música sinfónica, así como verse rodeada de otros músicos. Sin embargo, su auténtica pasión era el *jazz* americano de los inicios, especialmente el *dixieland*.

En el mueble que destinaba a sus posesiones musicales predominaban las cintas, películas o simples discos de los intérpretes de *jazz* americanos del siglo xx. A menudo acompañaba las grabaciones con el instrumento y conseguía perfectos pastiches de, para poner dos ejemplos, el solo de Goodman en *Sing, sing*, o el de Fountain en *Swin low*. Un amigo especialista en electrónica le había conseguido una copia de *Rhapsody in blue* con la parte de clarinete filtrada. Lograr interpretarla le había costado más de trescientas horas, el año en que cumplió diecisiete.

Cualquier crítico objetivo —y O'Hara lo era a los veinte— podía apreciar que el modo de tocar de la muchacha era

técnicamente correcto y, en ocasiones, incluso brillante, pero también que carecía de un estilo personal y que no estaba dotada para la improvisación. Habría sido distinto si hubiese podido practicar con otros músicos, pero a ninguno de los intérpretes de *jazz* de Nueva Nueva le interesaban las formas históricas. La escuela Ajimbo, con su fraseo en la decimosexta nota y sus extraños coros a base de palmas, había dominado el *jazz* durante más de una generación, tanto en la Tierra como en los Mundos. O'Hara pensaba que era facilón, degenerado e innecesariamente complejo. Otros decían lo mismo del *dixieland* las pocas veces que lo escuchaban.

Aquella era otra razón para viajar a la Tierra. Chicago, San Francisco y la vieja Nueva York le parecían fascinantes, pero el lugar que más deseaba visitar era Nueva Orleans. Pasear por sus calles Bourbon, Basin, Rampart, que habían dado nombre a tantas canciones; sentarse en un duro banco en Preservation Hall; tomarse una copa muy cara en algún viejo bar semiderruido o, simplemente, pasear por las aceras o por el parque del barrio francés y escuchar a los viejos negros que trataban de mantener viva su música bicentenaria. John Ogelby había estado allí (era inglés, pero se había graduado en Baton Rouge), y Marianne le había obligado a hablar de aquella ciudad y su música una y otra vez. La muchacha estaba decidida a ir a Nueva Orleans y no hubiese cambiado de idea ni siquiera en el caso de haber podido prever lo que le aguardaba allí.

¡Oh mundo feliz!
El que cuenta con tales habitantes

En el fondo, O'Hara no deseaba ir al Mundo de Devon. Ella y Charlie tenían en perspectiva una semana de vacaciones y hablaron de la posibilidad de visitar otro Mundo, pero los favoritos de la muchacha eran Tsiolkovski, o quizá Mazeltov. Mencionó en son de broma el Mundo de Devon y Charlie le tomó la palabra, apresurándose a adquirir los pasajes, sin derecho a devolución. Y esa fue la razón de que O'Hara acudiera, de mala gana, a experimentar el sueño de Edward D. Devon hecho realidad: un Mundo dedicado a las relaciones personales.

El Mundo de Devon era la estructura orbital grande más antigua. Al principio se llamó O'Neill —todavía sobrevivía un roble de noventa años plantado por el propio O'Neill— y albergó a unos diez mil obreros que trabajaban en la construcción de otras estructuras orbitales del mismo tipo. Con los minerales extraídos de la superficie de la Luna, construyeron plantas de energía, fábricas espaciales, un gran hospital de gravedad cero y otros Mundos, hasta un total de treinta y dos grandes estructuras y un puñado de otras más pequeñas. Sin embargo, su propósito original fue desvirtuado por sus posteriores habitantes.

Fue Nueva Nueva York la que apartó al Mundo de O'Neill de la actividad industrial. La espuma de acero del interior de Pafos era más barata, más resistente y más fácil de manipular que las aleaciones de aluminio que podía proporcionar el suelo lunar. Con todo, el rebautizado Mundo de Devon todavía obtenía unos modestos ingresos por la fabricación de células solares para otros Mundos, y por algunos productos especializados, como grandes espejos de acumulación de vapor.

Sin embargo, la mayoría de sus obreros se había trasladado a Nueva Nueva York varias generaciones antes. La corporación de Nueva Nueva pagaba generosos pluses de desplazamiento, sueldos altos y participación en beneficios, para evitar los elevados costes que le supondría emplear a hombres y mujeres de la Tierra y entrenarlos en las difíciles condiciones de trabajo que concurrían en el espacio. Edward D. Devon y sus neobaptistas —que habían previsto el futuro y llevaban diez años de meticolosa preparación— acudieron a su nuevo Mundo al tiempo que los obreros desaparecían. Así se cumplía la emigración más ambiciosa de una congregación religiosa desde el viaje de Brigham Young y sus mormones a Utah.

Para Charlie, el viaje fue una peregrinación. No había estado en el mundo de Devon desde la Semarquía, diez años antes. Marianne iba con la actitud de un antropólogo, unida a una ligera aprensión. Una cosa era estar enamorada de un maníaco del sexo y otra muy distinta encerrarse en un Mundo con otros diez mil como él por compañeros. Se llevó para el viaje un montón de trabajo escolar, con la idea de quedarse en el hotel y aprovechar el tiempo mientras Charlie se volcaba sobre sus correccionarias. Al pensar en ello, Marianne apretaba los dientes y se decía a sí misma que no estaba celosa.

Tal como había previsto, los planes de Charlie eran muy otros. Para el muchacho, aquella era la última y más favorable oportunidad para convertirla. Marianne colaboró por respeto a sus ideas

y para satisfacer su propia curiosidad, que era considerable, y obtuvo en realidad bastante más de lo que esperaba encontrar.

En su libro santo *El templo de la carne*, Edward D. Devon había recogido una base espiritual aceptable para casi todas las diversiones sexuales con las únicas excepciones de las vejaciones físicas y la homosexualidad masculina. Charlie parecía determinado a empezar por el principio y llegar hasta el punto final.

O'Hara tuvo que reconocer que el mundo de Devon era cómodo y hermoso. Estas condiciones eran imprescindibles para un mundo en el que el ochenta por ciento de sus ingresos provenían del turismo. Pero casi todo era demasiado caro para ella y Charlie, que llegaban de Nueva Nueva donde el turismo tenía una incidencia mucho menor. Los precios reflejaban con claridad la pequeña fortuna que costaba el viaje hasta allí. Charlie pudo conseguir habitación en un hotel que era un refugio «devonita» y, por tanto, accesible a sus bolsillos. Una habitación en Shangrila, una de las dos ciudades de Devon se habría tragado todos sus ahorros en media hora.

Fuera de las ciudades, aquel Mundo en forma de rueda, era sobre todo, campos primorosamente cuidados por un ejército de horticultores. O'Hara admiró su belleza formal, pero prefería el aire selvático del parque de Nueva Nueva. También le pareció desconcertante tropezarse aquí y allá con parejas haciéndose el amor en el césped. Charlie, fastidiado, le dijo que no lo harían en público si no quisieran que la gente compartiese su alegría. O'Hara hubiera preferido que la guardaran para ellos solos.

La piscina fue lo peor. Hectáreas de gente en parejas o en grupos, haciendo lo que les venía en ganas sin inhibiciones (o con algún esfuerzo). Convencida mediante halagos, Marianne se unió a Charlie en el éxtasis colectivo, y se sintió secretamente desengañada de que nadie le hiciera caso.

Otro caso más complicado fue hacer el amor con más gente, acto que Charlie insistía en considerar necesario. Invariable-

mente, los participantes eran amables y educados —una vez se acostumbraba uno a la intimidad con un total desconocido intercambiable— pero a la muchacha le sorprendió descubrir que la mayor parte de aquellas experiencias le resultaban aburridas, especialmente porque la mayoría de los participantes eran aburridos. Todos parecían terriblemente ignorantes y presumidos. No mostraban curiosidad alguna por Nueva Nueva ni por la misma Tierra, pero podían charlar sin descanso sobre la familia, la religión, el sexo y el trabajo, más o menos por este orden. Por suerte, no había posibilidad de hablar del tiempo.

La muchacha accedió a probar prácticamente todo lo que Charlie iba sugiriendo, y aprendió más de los fallos que de los éxitos. Algunas de las experiencias llegaron a trastornarla profundamente.

Por ejemplo, las cuerdas. Charlie le explicó el asunto y le mostró el pasaje espiritual que hablaba del desamparo y de la confianza. Parecía algo inofensivo y un poco tonto, pero, cuando Charlie comenzó a atarla, empezó a resistirse, presa de un terror irracional; incluso llegó a morder al muchacho mientras este intentaba liberarla. Marianne se dio cuenta de que su amor era en gran parte amor propio, orgullo de haber domado a la bestia; la otra cara de la deslucida moneda la constituía su temor a la enorme fuerza de Charlie.

Charlie lo comprendió, e incluso se vanaglorió ante los demás de la herida que le había causado su «diablo rojo». Sin embargo, las cosas cambiaron rápidamente. Durante el día, resultaba difícil encontrar a Charlie y, por la noche, este caía en la cama profundamente dormido. O'Hara pasaba cada vez más tiempo con sus libros, estudiando más de lo previsto. Cuando abordaron la lanzadera de regreso a Nueva Nueva los dos jóvenes se comportaban con mutuo respeto y un cierto distanciamiento. Dos meses después, Charlie emigró al Mundo de Devon, dejando en la muchacha una serie de confusos recuerdos y una inquietante reserva de experiencias que iban a proporcionarle un buen trabajo en Las Vegas, ciudad que nunca había pensado en visitar.